

## LETRAS Y PEDAGOGIA EN SANTA TERESA DE JESUS (\*)

*Nilda Gaitán de Casiva*

En la obra de Santa Teresa: su vida y sus escritos<sup>1</sup>, hay implícita una doctrina educativa completa, que ella, de modo deliberado, no se propuso elaborar. La fue fraguando desde “su experiencia”, riquísima y conducida con lucidez y realismo radical. La fue fraguando desde su fe —don de Dios— que le abrió horizontes de realidad poco alcanzados por la mayoría de los hombres. La fue fraguando desde su sentido del prójimo —también sentido educador— vivido especialmente con sus hermanas de comunidad y en la Iglesia:

“Sé que no faltan el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiese a que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor” (*Camino*, Prólogo, 3), “después de obedecer, es mi intención engolosinar a las almas en un bien tan alto” (*Vida*, 18. 6)

Una doctrina educativa es una Pedagogía, esto es, el conocimiento cierto, sistematizado en torno del hecho educativo; la ciencia de la conducción intencional del hombre —originalmente indigente— para que pueda alcanzar su verdadera estatura.

---

(\*) Versión revisada de una conferencia dada en el “Curso de Homenaje a Santa Teresa de Jesús en el IV Centenario de su muerte” el 3 de junio de 1982, en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional de Cuyo.

1 SANTA TERESA DE JESUS. *Obras completas*. 6e. Madrid, B.A.C., 1979. Las citas del presente trabajo corresponden a esta edición.

El concepto de educación se inscribe en el de perfección y en cuanto tal, responde al impulso más íntimo de la naturaleza humana. Se trata de la tarea por excelencia del hombre, la de hacerse, sentido raigal de la dignidad de una existencia en tensión hacia la plenitud de ser que originalmente no posee, pero a la que tiende sin más: "sé el que eres".

Pero el hombre para hacerse necesita ayuda.

De ahí el hecho educativo en la intimidad y en la relación, injertado en el dinamismo deliberado e intencional del obrar humano individual y social.

Dice Spranger que la teoría pedagógica sólo logra calar hasta el fondo cuando la explica alguien que ha aprendido, sufrido y amado en su propia tarea práctica de educador.

### Los fundamentos

Si consideramos los elementos que surgen del análisis del hecho educativo en torno del cual se constituye la ciencia y recorremos las obras de Santa Teresa, vamos encontrándolos, uno a uno, con coherencia y unidad, fundados e integrados de modo singular.

El sujeto de la educación es el hombre captado por Teresa en la complejidad de su mundo interior y de su situación existencial, esclarecido con agudeza de orfebre. Es el hombre de la Historia de la Salvación, creado, pecador, redimido. Es el hombre en su condición de peregrino apelado desde su intimidad óptica por un Sol que resplandece mostrando el Camino, la Verdad y la Vida; precisado de ayuda para llegar a la Casa del Padre y conquistar esa Vida que se le ofrece como don pero que debe merecerla.

Toda Pedagogía se sustenta en una concepción del hombre, en una filosofía. La teresiana es una Pedagogía teológica. Se sustenta en la Teología cristiana, vale decir, en la verdad de Dios, revelada a los hombres por intermedio de su Hijo Jesucristo y reconocida por la Fe.

Mas esa doctrina educativa se despliega sobre hechos empíricos, pues reitera de diversos modos que "no diré cosa que no la haya experimentado mucho" (*Vida*, 18. 7).

Teresa recalca, aunque desde distinta perspectiva, en un principio que justifica toda Pedagogía: el "conócete a ti mismo", punto de partida para emprender la personal realización:

"No es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa no entendemos a nosotros mismos, ni sabemos quien somos". . .

"No procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así, a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos alma; mas qué bienes puede haver en es-

ta alma u quien está dentro de esta alma u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura" (1 *Moradas*, 1. 2)

Y racionalmente, con fuerza penetrante en el análisis reconoce los vericuetos de la interioridad para mostrar su riqueza, y también su miseria, con rigurosa objetividad.

Teresa procede con maestría consumada. Mas no se trata de una vana introspección. El suyo "no es sólo un conocimiento psicológico sino también metafísico y moral. El alma reconoce su indigencia metafísica, su insuficiencia radical, tanto en lo que se refiere a la existencia como a la capacidad de desarrollo. Descubre su pobreza ontológica"<sup>2</sup>. Descubre, al fin, que en la dependencia está también la dignidad y la medida de la existencia humana constituida como propuesta pedagógica:

"Es cosa tan importante ese conocernos. . . Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, vemos nuestra suciedad; considerando su humildad, vemos cuán lejos estamos de ser humildes. . . la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Así el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios" (1 *Moradas*, 2. 8)

La humildad tiene carácter propedéutico. El conocimiento lúcido y auténtico de uno requiere humildad:

"Mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importa" (1 *Moradas*, 2. 9) "Porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad" (6 *Moradas*, 10.8). El hombre en relación con Dios "es como el agua que está en el vaso, que si no le da el sol, está muy claro; si da en él, vése que está todo lleno de motas. . ." (*Vida*, 20.28)

Significa también reconocer la fragilidad de la naturaleza humana, la voluntaria ruptura de la relación con Dios, la realidad del pecado; "no hay tiniebla más tenebrosa ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más" (1 *Moradas*, 2. 1)

La vigencia del pecado acucia a Teresa. Todo su ser tiende a Dios pero ese deseo y esa tendencia se ve constantemente contrastada y turbada:

2 Claude TRESMONTAND. *La mística cristiana y el porvenir del hombre*. Barcelona, Herder, 1980. p. 101-102.

“Qué haré para que no deshaga yo las grandezas que vos hacéis conmigo” (*Exclamaciones*, 1). “terribles son los ardidés y mañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos” (1 *Moradas*, 2. 11)

Las largas horas de meditación intelectual y sus visiones de contemplativa la llevaron a comprender como pocos la significación del pecado, verdadera muerte para el alma que se aparta de la fuente que es su vida.

La vigencia del pecado da ocasión para otra instancia pedagógica:

“Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una” (*Cuentas de Conciencia*, 21a.)

Es necesario el orden en las múltiples moradas del castillo interior.

Mas ese orden no se alcanza encontrando la norma adecuada y necesaria para guardar fidelidad al propio ser, al modo socrático. Tampoco por efectos de un frío imperativo categórico al modo kantiano. Para Teresa, el orden es la razón inserta en la vida concreta en imitación de la de Cristo: “el mismo Señor dice, ninguno subirá a mi Padre sino por mí” (2 *Moradas*, cap. único). El sentido de la educación no sólo tiene carácter moral. La educación es camino para la Santidad: “Sed perfectos, como perfecto es el Padre celestial”<sup>3</sup>.

Toda concepción pedagógica configura un ideal que conforma el sentido de la acción educadora que se lleva a cabo bajo su influjo. Teresa lo vislumbra por la fe y la recta intención que la anima. Tiene certeza de que está hecho de verdad y de realidad y va tras él: “Determinéme a seguir aquél camino con todas mis fuerzas” (*Vida*, 4. 6). No le interesa la plenitud meramente humana, le interesa la plenitud de los hijos de Dios, en la cual la naturaleza está sobradamente embellecida por la Gracia.

### Dimensiones pedagógicas

Junto con su personal experiencia que asume caracteres paradigmáticos, Teresa discurre criterios para una verdadera Pedagogía diferencial y social:

“Ansí que el Señor, como conoce a todas para lo que son, da a cada una su oficio, el que más ve le conviene a su alma y al mesmo Señor y al bien de los prójimos. . . Si no las llamaren, entiendan no son para

<sup>3</sup> San Mateo, 5. 48

él y que les convino aquello; y aquí entra la verdadera humildad: creer con verdad que aun no era para lo que hace, andar alegre sirviendo en lo que le mandan” (*Camino*, 29, 1-2). “Importa mucho entender que no a todas lleva Dios por un camino; y, por ventura, el que le pareciera va por muy más bajo, está más alto en los ojos del Señor. . .” (*Camino* 27, 2). “Santa era Santa Marta, aunque no la ponían era contemplativa; pues ¿qué más pretendéis llegar a ser como esta bienaventurada que mereció tener a Cristo Nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle, y por ventura comer a su mesa y aun en su plato? Si entrambas se estuvieran como la Magdalena, embebidas, no hubiera quien diera de comer al huésped celestial. Pues pensad que es esta congregacioncita la casa de Santa Marta, y que ha de haver de todo” (*Camino*, 27. 5)

Encontrar el propio lugar, aquél que conviene al alma, es fruto de una educación que enseña a reconocer y saber cuáles son aquellos talentos que conforman la medida de cada uno, y sobre los que cada uno tendrá que dar cuenta. La Santa dice que es necesaria la humildad. Y sí, es necesaria la humildad para aceptar la verdad de la dimensión que es, la limitación que es. La humildad se educa educando en la verdad.

Sólo de este modo se está bien dispuesto para la singular experiencia desde la cual se empeñará la vida. Esa experiencia que se presenta como una suerte de sollicitación desde la intimidad por la tarea que se debe realizar. Diría Teresa: “el Señor, como conoce a todas para lo que son, da a cada una su oficio. . .”. Es la proposición para la actividad creadora, original e irreplicable de la propia existencia.

“. . . a cada una su oficio, el que más le conviene. . . y al bien del prójimo. . .” ;Con cuánta diligencia señala Teresa funciones y tareas en la comunidad! Hay fineza en la consideración minuciosa de las relaciones humanas. En *Las Constituciones*, en *Fundaciones*, en *Visitas de Descalzas*, hay largos textos donde con empeño dispone —gobernante al fin— las medidas adecuadas que permitirán a sus pequeñas comunidades y a cada uno de sus miembros, la realización más perfecta de sus respectivos fines.

Quien gobierna tiene que ser educador y en su acción responder a una Pedagogía. La ley es el medio para cumplir tal misión. En la Pedagogía teresiana impera la ley del amor —pero es amor fuerte— justicia y caridad. Amor al prójimo por amor a Dios.

### El proceso educativo y los encuentros pedagógicos.

La educación, que se define analógicamente, es AYUDA: la

que se presta a otros para que puedan seguir también sus caminos de perfección.

Cuanto más pequeños, más necesitados. Entendamos que se trata de todo tipo de pequeñez, y, en consecuencia, se necesitan diversos tipos de ayuda: desde la ternura, la protección y la asistencia cuando se es muy niño, a la dirección, el estímulo, la orden, el premio, la reprimenda y el castigo, la enseñanza, el consejo, el modelo, la Gracia. Siempre alguna, o algunas, en toda época de la vida del hombre. Y todas se asimilan de algún modo a educación.

Precisamente esa correlación entre la necesidad existencial de uno y la sobreabundancia que lleva a dar del otro, explican el acto educativo en la realidad del encuentro que hace posible el espíritu.

Teresa reconoce sus maestros. Recuerda los encuentros que le hicieron mal, los falsos maestros por distintas razones. Pero están aquellos que marcaron hitos en su vida. Sobre ellos reflexiona largamente:

“El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos éstos. Con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme, de edad —a mi parecer— de seis u siete años” (*Vida*, 1. 1)

Kriekeman dice que “educar a los hombres es, en última instancia, despertarlos”<sup>4</sup>

“Ayudávame no ver en mis padres favor sino para la virtud; tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados. . . Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera” (*Vida*, 1. 2)

“Mi madre también tenía muchas virtudes. . . Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. . .” (*Vida*, 1. 3)

“Eramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres —por la bondad de Dios— en ser virtuosos. . . Pues mis hermanos ninguna cosa me de-

sayudaban a servir a Dios. . .<sup>5</sup>(*Vida*, 1. 4-5)

Su experiencia familiar constituye, sin duda, un irrecusable testimonio de la gravitación que tiene en el desarrollo de la personalidad esa "primera escuela de virtudes" como la llama Juan Pablo II. Los datos de la Psicología Evolutiva<sup>6</sup> actual corroboran ese despertar al cual se refiere Teresa pues el niño, a los "seis u siete años",

en "cierto modo *despierta* para el mundo exterior, cuyas peculiaridades objetivas irá conociendo y estableciendo cada vez más mediante el pensamiento" (P. p. 335); "denota fina observación. . . que va a ser requisito esencial para las ricas experiencias que los niños recogen ahora" (P. p. 352). La observación dispone para "una distancia crítica frente al mundo exterior" (P. p. 353), "el pensar analítico facilita la facultad de diferenciar el bien del mal y contribuye a una mayor valoración moral, tanto de la propia conducta como de la ajena" (P. p. 372). "Significa un paso decisivo hacia la formación de una conciencia personal" (P. p. 373).

Después. . . para Teresa vendrá la época en la cual, escapando al cobijamiento familiar se buscarán otras compañías. La época de la pubertad, dice la Psicología. Hasta los catorce años y creo que más, dirá Teresa. Vendrá también "su experiencia" viva y su consejo:

"Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor. Así me acaeció a mí. . . y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. . . Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendían-mela muchas veces. . . Espantábame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer. . . Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. . . porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. . . Después, quitado ese temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada; con pesar que no se

5 Henz REMPLÉIN. *Tratado de Psicología Evolutiva*. 5e. Barcelona, Labor, 1980. Las referencias se registran a continuación de la cita con la letra P.

“había de saber, me atreavía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios” (*Vida*, 2. 3—4—5)

Santa Teresa, tan lejos en el tiempo y en la estatura y, sin embargo, tan cerca de nosotros. De la propia experiencia adolescente. De la experiencia como padres. También de lo que dice la ciencia desde la Psicología Evolutiva.

La niñez, la pubertad, la adolescencia y la juventud, son etapas del período evolutivo que desde el punto de vista psicológico tienen toda la riqueza para la conformación de la personalidad futura. La conquista de la madurez que se hace en lenta y dolorosa marcha sobre todo en la pubertad y en la adolescencia, dependerá en buena parte de las condiciones en que se cumplan esas etapas. Los encuentros pedagógicos son decisivos.

Importa detenernos un poco en el *Libro de la Vida* por las implicancias de su contenido que nos permite acceder a lo que llamamos la Pedagogía teresiana.

Nos contaba recién Teresa cómo se marcha cuesta abajo por efecto de las malas compañías, “me atreavía a muchas cosas bien contra ella (se refiere a la honra) y contra Dios”.

Hay aquí una manifestación típica de la edad que explica la Psicología:

“una reacción del impulso de autodeterminación e independencia ante cualquier represión verificada desde afuera. . . protesta contra la autoridad debido a un deseo de independencia” (*P.* p. 453). “Se pierden las normas que hasta ahora lo guiaron. Se está desorientado. . .” (*P.* p. 474). “Se siente por primera vez ‘malo’ y ‘culpable’ en un sentido mucho más profundo que el niño. . . Sin embargo, en este desmoronamiento de los valores se hallan también las posibilidades de un positivo desarrollo posterior que sólo puede llegar a realizarse contando con una buena disposición natural y un medio ambiente favorable” (*P.* p. 474)

Teresa tenía casi dieciséis años cuando su padre, instado por el amor en auxilio perfecto, la interna en el convento de Santa María de Gracia de monjas agustinas. Al recordarlo dirá:

“Ya yo andava cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procurava confesarme con brevedad” (*Vida*, 2. 8)

“Esta es la hora —dice la Psicología— en que nace la conciencia personal. . .” (*P.* p. 474). “. . . lo mismo que todo lo espiritual, la conciencia también se desarrolla no en virtud de meros procesos de madura-

ción, sino de las oportunas influencias medio ambientales, especialmente de la educación" (P. p. 475)

Y sigue Teresa en el monasterio con más sosiego:

"Aún con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos" (*Vida* 2. 9)

La Psicología declara: "En la pubertad se confirma toda la educación precedente" (P. p. 475).

Pronto se dieron nuevos encuentros:

"Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo quiso el Señor comenzar a darme luz" (*Vida*, 2. 10). "Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgávame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa" (*Vida*, 3. 1)

Teresa distingue con precisión dos modos educativos y la necesidad de su correlación como condición para su eficacia: la enseñanza con la palabra, "la buena y santa conversación", y la enseñanza con la vida, "era muy discreta y santa".

Y sigue recordando:

"Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes. . . Quiso me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era —lo más ordinario— de Dios y de la brevedad del mundo. Hacíame le leyese. . . Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acaba en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno". (*Vida*, 3. 5)

Teresa debía tener alrededor de diecisiete años. Se advierte el proceso que la Psicología explica:

"A la observación de la vida psíquica propia se asocia la actitud reflexiva y crítica con respecto a la vida de los demás. Se dirige la atención no ya a la actitud visible de los que lo rodean, sino que intenta atri-

buir el comportamiento exterior a los motivos internos" ( *P.* p. 488). Ahora es capaz de "penetrar en la índole más profunda de las cualidades psíquicas. . . Desde ahora se desarrolla la capacidad de penetrar en lo único y especial que distingue a cada hombre de todos los demás. Gracias a esto el joven se hace maduro para la interpretación racional de lo espiritual, tanto de lo espiritual subjetivo en cada hombre, como de lo espiritual objetivo de la cultura" (*P.* p. 499)

"Vine a ir entendiendo la verdad de cuando era niña" decía Teresa. Y sigue la Psicología:

"Por primera vez se hace sentir la reflexión filosófica. . ." (*P.* p. 499). "Se reflexiona sobre el sentido de la propia vida, de la vida en general, del mundo entero. . . Solamente el joven que pasa por la experiencia de la individuación puede diferenciar lo infinito y eterno, esencial a lo divino, de lo limitado y efímero propio de lo terrenal. . ." (*P.* p. 545). "La religiosidad personal presenta de modo parecido a la conciencia, un conjunto altamente complejo de distintas disposiciones psíquicas, que llegan a la plenitud no por una mera maduración, sino bajo la influencia que ejerce la educación. . . la base para esto tiene que asentarse ya en la niñez, pero sólo en la adolescencia se forman los perfiles de una religiosidad" (*P.* p. 545).

Y hasta aquí la Psicología, ratificando desde la investigación científica un proceso psicopedagógico captado empíricamente y descrito con la precisión propia de un especialista.

Si seguimos a Teresa a través de la cuenta de su vida, veremos cómo va consolidando su personalidad frente a un mundo de valores que se le ofrece y que lentamente hace suyos —"con batalla"— en torno a un núcleo configurador que definirá su vida. "Y aunque no acaba mi voluntad de inclinarse a ser monja. . . así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle" (*Vida*, 3. 5)

Es el momento de la opción y del pleno ejercicio de la libertad. Advierte que debe desatar ataduras que la retienen, para afrontar, en un acto de autodecisión plena, la atadura perfectiva y verdaderamente liberadora.

Tras el salto que significa el "fiat", experimenta la certeza íntima de la vocación hallada: "me dio tal contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy" (*Vida*, 4. 2)

### Los educadores

Teresa fija criterios acerca de los educadores, "los que son mi-

jores que nosotros” y a los que requiere “vayan muy adelante en su perfición” (*Camino*, 3. 2—3)

Porque la “flaqueza natural es muy flaca. . .” (*Fundaciones*, 8. 6), “es muy necesario el maestro”. Si bien se refiere al maestro de la vida interior, sus consideraciones tienen alcances de validez general y actualidad cuando determina las condiciones que debe reunir: cualidades personales, experiencia y letras:

“Ansí que importa mucho ser el maestro avisado —digo de buen entendimiento— y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio; más si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieran necesidad. Digo que a los principios, sino tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración; y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a las verdades de la Sagrada Escritura y hacemos lo que devemos; de devociones a bovas nos libre Dios” (*Vida*, 13. 16)

Lo cierto es que importan por igual las tres. No otra cosa quiere decir al fin.

Que “sea avisado —digo de buen entendimiento”— alude a cualidades personales, pues, también dirá “no se puede dar lo que no se tiene”. Supone claridad y penetración del juicio, capacidad de comprensión y de consejo, madurez espiritual.

Que tenga “experiencia”, supone el ejercicio efectivo de la prudencia en tanto educador: conocer a cada uno, lo que cada uno necesita y el modo eficiente de prestar auxilio en la ocasión oportuna. Hoy le llamamos la técnica del maestro.

Y que tenga letras. . . Bueno “aunque las letras se pueden procurar” (¡ vaya si las podemos procurar en nuestros bancos de datos! ), el conocimiento cierto y la recta doctrina son la piedra angular de la vida del espíritu. Y repetimos con Teresa, “¡de devociones a bovas nos libre Dios!”.

En coincidencia con corrientes pedagógicas actuales advierte la eficacia del estímulo educativo, la emulación, por ejemplo, que sostiene, conforta, anima:

“En especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mesmo. . . ayudarse unos a otros. . . cuánto más que hay muchas ganancias” (*Vida*, 7. 20) “Es menester hacerse espalda unos a otros para ir adelante. . .” “y es menester buscar compañía para defenderse. . .” (*Vida*, 7. 22)

“Y porque algunas cosas que nos parecen imposibles, viéndolas en otras tan posibles y con la suavidad que las llevan, anima mucho y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres”  
(3 *Moradas*, 2—12)

### La lucha ascética

Mas el vuelo para alcanzar las cimas requiere gran “batalla y contienda”. Es el quehacer del hombre consigo mismo en lucha eminentemente espiritual, del que nos cuenta Teresa en el transcurrir de las *Moradas Primeras*, en *Camino de Perfección*, en la *Vida*: lucha con los demonios, las tendencias, las pasiones, las imperfecciones, el dolor, la tristeza, el temor. . . . “el alma. . . sin ser señora de sí. . . que me ha acaecido parecerme que andan los demonios como jugando a la pelota con el alma. . .” (*Vida*, 30. 11)

Sin duda se trata del proceso educativo en marcha fuerte, que no otra cosa es poner orden en la interioridad del castillo que es el alma; cierto del fin que intencional y deliberadamente se quiere alcanzar: “puestos los ojos en el centro, que es la pieza u palacio a donde está el rey. . .” (1 *Moradas*, 2. 8)

No se cansa de repetir Teresa cómo aun estando muy adelantado en el camino de perfección es necesario librar el combate:

“. . . tomad mi consejo y no os quedéis en el camino sino pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación antes morir que dejar de llegar a esta fuente. . .” (*Camino*, 33.2)

La conquista de las virtudes se constituye en objetivo fundamental de la acción educadora teresiana en pos de la meta. Es el trabajo en el ejercicio cotidiano y permanente que lleva al recto obrar habitual en todas las dimensiones.

Teresa, con buril, las talla cada día:

La templanza, para poner orden en la interioridad del castillo y alcanzar su verdadero señorío.

La fortaleza, que exige enérgica actividad del alma, para defender el bien a toda costa en el resistir o en el acometer.

La justicia, para dar a cada uno lo suyo y ordenar a cada uno en la relación con el otro, incluida la humildad como sustento de la fe, que reconoce la propia pequeñez y la grandeza de ser hijo de Dios.

La prudencia, para obrar con templanza, fortaleza y justicia en cada ocasión de la decisión personal, particularmente necesaria

en quien gobierna.

Si la rectitud de la vida humana gira en torno de las virtudes cardinales, la plenitud viene de Dios: "Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes" (*Vida*, 28. 6): la fe, la esperanza, el amor.

La caridad es la mayor de las virtudes y resume todas las demás. Por eso para corresponder al amor de Dios, "amarás al Señor, tu Dios, y a tu prójimo como a tí mismo por amor de Dios".

Un mandamiento solo regula la vida del hombre cristiano para responder al llamado de la perfección. Y, tras él, irá Teresa.

### Acción educadora natural y sobrenatural

Teresa explica con rigor y minuciosidad un proceso educativo natural inscripto en la trama de la Providencia que asiste a los hijos de Dios con medios reales y eficaces: la acción de la Gracia, favor de Dios que presuponiendo a la naturaleza la eleva y perfecciona.

Experimenta la influencia perfectiva ejercida por verdaderos educadores, personalidades maduras que intencionalmente se dispusieron a ayudarla. Como aprender no es puro recibir, sino una verdadera actividad que el discípulo ejerce con la ayuda del maestro, Teresa recoge la semilla —es buena tierra y la labra—.

Es cierto que la efectividad de la enseñanza requiere la docilidad del discípulo.

Y Teresa fue dócil, a pesar de su "corazón recio".

La educación que recibe fue disponiendo el entendimiento, la voluntad y el corazón para *despertar* y *promover* la fe recibida en el bautismo.

Durante los devaneos de la inmadurez experimenta el seguimiento suave de la Gracia.

Cuando recuerda su niñez:

"sé que fue mía toda la culpa porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra" (*Vida*, 1. 8)

Cuando recuerda su adolescencia:

"Pareceme andaba su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar a Sí. . ." (*Vida*, 2. 9) "¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba Su Majestad dispuniendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza" (*Vida*, 3. 4)

Reconoce la delicadeza respetuosa del Maestro que espera y los alcances de la libertad:

“El no ha forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan; mas no se da a Sí del todo hasta que no ve nos damos del todo a El (esto es cosa cierta y por eso os lo digo tantas veces). . .” (*Camino*, 48. 4)

Se obra en el plano sobrenatural una verdadera acción educadora por mediación de Cristo.

Y Santa Teresa fue dócil al Maestro que *despertó* su espíritu al *conocimiento* de la realidad que existe de modo eminente y primordial. Fue dócil al Maestro que *despertó* su espíritu al *amor* más alto que criatura humana puede esperar:

“Hirióme con una flecha  
 enherbolada de amor  
 y mi alma quedó hecha  
 una con su Criador.  
 Yo ya no quiero otro amor,  
 pues a mi Dios me he entregado  
 Y mi Amado es para mí  
 Y yo soy para mi Amado.” (*Poesías*, 1)

Dios se une al hombre —en “auxilio”— (5 *Morada*, 2, 3) en auxilio de perfección y éste para alcanzarlo coopera libremente. Sin duda estamos ante el misterio de Dios y también ante el misterio del hombre —criatura de Dios—:

“Su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no oye ruido, mas entiende muy bien el alma que fue llamada de Dios. . .” “Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió. . . jamás querría ser sana de aquella herida. . .” “. . . dolor sabroso y no es dolor”, “parecer que la llama con una señal tan cierta que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderle el alma que no le puede dejar de oír” (6 *Morada* 2, 1-2-4)

La Santa justifica su experiencia —necesitada de certeza, de dar cuenta de la realidad que se le impone con su evidencia de absoluta objetividad:

“En esto hay seguridad —dice en las *Moradas Sextas*— y enuncia sus razones: “jamás el demonio. . . podrá juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma. . . con paz;”  
 “por los grandes provechos que quedan en el alma;”  
 “el no ser antojo está muy claro; porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello. . .”

“ni dudar de que es, porque, así se da a sentir como a los oídos una gran voz”

“Pues ser melancolía, no lleva camino ninguno; porque la melancolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginación; estotro procede de lo interior del alma. . . Se deja muy bien entender ser este movimiento de adonde está el Señor, que es inmutable”  
(6. *Moradas*, 3. 5—8)

Es muy clara y rigurosa la argumentación y está preñada de realismo. Se advierte el cumplimiento de un proceso extraño a la psicología humana y a la vez de entrañable intimidad. Toma a todo el hombre pero desde su espíritu. Las facultades humanas adquieren su desenvolvimiento pleno. Hay lúcido ejercicio racional, una apelación a la inteligencia para penetrar en el conocimiento de la verdadera sabiduría; hay una fuerza de la voluntad, que no quiere más, irresistiblemente atraída. A la vez hay un estado afectivo totalizador irreductible a la sensibilidad.

Teresa da testimonio —con exigencia de veracidad— de su experiencia de Dios y de la acción del Espíritu Santo en ella.

Esa experiencia espiritual, válida, real, riquísima, es puesta constantemente a consideración de sus confesores y consejeros en afán de objetividad y es sometida por ella misma a un análisis riguroso, minucioso, casi diría —no sé si cabe— científico. Pues bien, realiza de modo estupendo el seguimiento de ese proceso espiritual (¿proceso educativo?) mostrando la progresiva participación de las potencias del alma que se van integrando hasta quedar todas sujetas, avasalladas, reunidas en un haz apretado en torno del fin unitivo que atrae. En la culminación del proceso se da a la vez, la máxima intimidad y la máxima trascendencia:

“. . . que amor saca amor” (*Vida*, 22. 14)

En las últimas etapas del proceso no se dará aquello del “que muero porque no muero” (*Poesías*, 2).

Teresa se ha revestido de la caridad que es vínculo de perfección:

“. . . ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean no morir, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. . .” (7 *Morada*, 3. 4)

Es la expresión de la plenitud de la vida humana que peregrina en Dios. Es la criatura transformada, renacida en el mandamiento del amor, que “Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo por amor de Dios”.

Es la criatura animada por la caridad que fructifica en obras: las de Teresa reformadora de la Orden Carmelitana, fundadora de dieciséis conventos, las de la escritora, las de la Doctora de Iglesia, las de la Santa.

La propuesta pedagógica de Santa Teresa está, y hemos intentado desbrozarla de entre la compleja trama que la encierra.

Desde cuatrocientos años la ofrece a los hombres de nuestro tiempo para mostrar testimonialmente el modo de alcanzar —comprometido con su mundo y de cara a Dios— la verdadera estatura.